



Aviso Legal

Capítulo de libro

Título de la obra: Los Andes Centrales: principales expresiones de una civilización

Autor: Limón Olvera, Silvia

Forma sugerida de citar: Limón, S. (2022). Los Andes Centrales: principales expresiones de una civilización. En H.G.H. Taboada y A. Kozel (Eds.), *En busca de la civilización latinoamericana* (39-72). Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.

Datos del libro: *En busca de la civilización latinoamericana*

Diseñadora de cubierta: Brutus Higueta, Marie-Nicole

Diseñadora de interiores: Martínez Hidalgo, Irma

ISBN: 978-607-30-6342-5

Los derechos patrimoniales del capítulo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este capítulo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- ✓ Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

2. LOS ANDES CENTRALES: PRINCIPALES EXPRESIONES DE UNA CIVILIZACIÓN

Silvia Limón Olvera*

INTRODUCCIÓN

Los Andes Centrales fueron la zona donde se desarrolló una de las grandes civilizaciones del mundo. Los pueblos que habitaron en ella durante la época precolombina presentaron una organización sociopolítica de gran complejidad, con instituciones bien afianzadas. Las variadas expresiones materiales e ideológicas que dejaron muestran los amplios conocimientos científicos y tecnológicos que poseían. Estos últimos hicieron posible la construcción de grandes edificios en asentamientos planificados y sofisticadas obras textiles, de cerámica, metalurgia, escultura, relieves y pintura mural. Igualmente, la gran riqueza iconográfica encontrada, que constituye una forma de registro y comunicación, ha aportado

* Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México (limon@unam.mx).

información relevante sobre las sociedades andinas y los elaborados conceptos con que concibieron e interpretaron el mundo, así como con sus prácticas y creencias religiosas.

La definición de dicha área no se basa únicamente en la expansión que alcanzaron los incas con sus conquistas ni se reduce al periodo previo a la llegada de los españoles, es decir el Horizonte Incaico, sino que contempla un proceso histórico cuyos diferentes elementos fueron resultado de más de cinco mil años de conformación e intercambios. Así, diversos pueblos, en una amplia temporalidad, compartieron una serie de rasgos que permiten englobarlos en una sola civilización. Sin embargo, también existen particularidades que distinguieron a las sociedades más destacadas, de las que se hará mención para mostrar sus aportes específicos y evitar una visión uniformizadora de toda la región. De esta manera, para comprender la complejidad de la civilización andina, se expondrán algunas de las expresiones materiales más relevantes en arquitectura, escultura, relieves, pintura mural, metalurgia, textiles y cerámica, así como algunos aspectos de la ideología religiosa. Ésta es expresada en los soportes arriba mencionados, que muestran cómo idearon a sus seres sagrados y dejan entrever sus creencias.

ESPACIO Y TEMPORALIDAD

La región de América conocida como Andes Centrales ha sido delimitada geográficamente con base en la máxima extensión que tuvo el Tahuantinsuyu bajo la soberanía de Huayna Cápac (1493-1527). En esa época el incario abarcó todo Perú, Bolivia, gran parte de Ecuador, una porción de Colombia, parte de Chile hasta el río Maule y el noroeste de Argentina. Para un mejor entendimiento

de las antiguas sociedades andinas, hay que considerar los grandes contrastes entre la costa sumamente árida y la cordillera de los Andes, que alcanza alturas de más de 4 000 metros sobre el nivel del mar, con valles intermontanos fértiles y un régimen anual de lluvias, mientras que al otro lado de las montañas se encuentra la ceja de la selva amazónica, con cuyos grupos los habitantes andinos tuvieron contacto.

La variedad de pisos ecológicos es particularmente importante, pues las poblaciones que habitaron en cada uno de ellos idearon técnicas para aprovechar al máximo las condiciones que les ofrecía cada nicho. En relación con esto, hay que mencionar el establecimiento en distintas altitudes de grupos pertenecientes a una misma etnia, como los lupaqas, los tiwanaku, los waris y los incas, lo cual les permitió el cultivo y acceso a productos heterogéneos.¹ Además, las interrelaciones entre las sociedades de las diferentes zonas propiciaron tanto el intercambio de productos como la propagación de ideas y conceptos.

A continuación se expone un escueto cuadro cronológico del desarrollo histórico de la región para que el lector ubique fácilmente la temporalidad de los grupos a los que se hará referencia en el texto. Con respecto a la periodización, cabe apuntar que, por un lado, el término *Horizonte* se ha aplicado para las épocas en que predominó alguna cultura (Chavín, Wari-Tiwanaku e Inca), cuyos rasgos artísticos, ideas y conceptos religiosos se observan en gran parte de la región. Por otra parte, el término *Periodo* se refiere a aquellos momentos en que se dio una atomización de las expresiones culturales, y los pueblos presentaron desarrollos re-

¹ John V. Murra, *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, Lima, IEP, 1975 (Col. *Historia andina*, núm. 39).

gionales y manifestaciones particulares, sin que ello implicara la supresión de contactos interregionales.

Cuadro cronológico de los Andes Centrales

Periodo Formativo	5000-1000 a.C
Periodo Prececerámico	5000-2000 a.C.
Periodo Cerámico	2000-1000 a.C.
Horizonte Temprano o Chavín	1000 a.C.-200 d.C.
Periodo Intermedio Temprano o del Esplendor Artesanal	200-700
Horizonte Medio o Wari-Tihuanaco	700-1100
Periodo Intermedio Tardío o de los Estados Regionales	1100-1438
Horizonte Tardío o Inca	1438-1534

ECONOMÍA, SOCIEDAD Y POLÍTICA

Luego de transformarse de cazadores recolectores en hábiles agricultores, los habitantes de los Andes Centrales se organizaron en sociedades sedentarias. El aumento de la producción agrícola de la costa fue lograda debido a las obras hidráulicas que realizaron, como canales de riego para los campos de cultivo y estanques para la obtención de agua. En la sierra destacan las grandes terrazas de cultivo que permitieron aprovechar las laderas de las montañas para la siembra en un terreno sumamente abrupto.

Entre los productos que cultivaron están la papa, el maíz y la quinua, de alto valor alimenticio. La hoja de coca constituyó una importante ofrenda a los dioses y en la actualidad los pobladores de la cordillera acostumbran mascarla por su efecto estimulante. De suma importancia fueron las llamas y las alpacas. Aún hoy en

día, las primeras son utilizadas como animales de carga y de las segundas se aprovecha su carne para el consumo humano mientras que, en la antigüedad, aparte de lo anterior, elaboraban hondas con sus tendones. De las llamas, y en especial de las alpacas y vicuñas que tienen un pelo más sedoso, se obtiene lana para la elaboración de textiles. También criaron cuyes, que eran ofrecidos en sacrificio y actualmente son aprovechados como alimento y utilizados en ceremonias curativas para diagnosticar enfermedades.

Debido a los excedentes económicos, las sociedades experimentaron una jerarquización creciente que dio lugar a estratos bien definidos que incluían al gobernante, sacerdotes, individuos que formaban parte de la élite dominante, cuadros burocráticos de diversos niveles, artesanos, individuos dedicados al intercambio de productos, campesinos, criados y cautivos. Asimismo, contaron con cuadros militares constituidos por la población campesina que debía prestar ese servicio, guerreros capacitados y dirigentes. Algunos grupos se caracterizaron por sus actividades altamente especializadas, como los encargados de levantar las construcciones o los artífices que elaboraron las esculturas, los relieves, las pinturas murales, la cerámica, los textiles y obras de metalurgia, lo cual implicaba conocimientos técnicos y religiosos o bien la supervisión de los ministros religiosos.

Todos estos estratos estuvieron encabezados por un sector dominante que monopolizaba el poder, organizaba a la sociedad y controlaba las actividades económicas, políticas y religiosas, con lo cual aseguraba la reproducción del sistema social y de los principios que lo regían. Igualmente dicho sector coordinaba la producción y la distribución de los bienes. El lugar privilegiado de la élite dirigente se atribuía a que sus miembros fungían como intermediarios entre las fuerzas sagradas que ejercían su potestad en el

mundo, y la población bajo su mando para que ésta obtuviera los beneficios otorgados por las divinidades. Los primeros ostentaban su alta jerarquía en el acceso y uso reservado de productos suntuarios y de prestigio. Con una fuerte base de producción y el control de distintos productos, muchas de las sociedades andinas contaron con un poderoso aparato gubernamental. Algunas de ellas conformaron organizaciones sociopolíticas complejas y llegaron a constituirse en Estados, como los de la costa norte o el wari y el incaico en la sierra, que abarcaron territorios significativos y contaron con instituciones bien cimentadas.

Es pertinente señalar que el dominio incaico impuso su religión, lineamientos políticos e instituciones en las zonas conquistadas. En esto tuvo un papel importante el sistema de *mitimaq*, que consistía en trasplantar a las regiones anexadas grupos fieles al inca que conservaban sus lazos y derechos en sus pueblos de origen. Un grupo que destacó en la sociedad incaica por sus particularidades fue el yanakuna, conformado por individuos desvinculados de sus comunidades de origen, por lo que perdían sus relaciones de parentesco y reciprocidad con su pueblo. No eran esclavos, sino criados al servicio del Inca, del Sol, de la Coya, de las panacas y de las huacas importantes. También, los curacas de las provincias importantes podían tener yanakuna a su servicio, aunque en menor cantidad. Cabe señalar que el Inca podía nombrar a alguno de sus yanakuna más leales y de confianza como curaca de alguna región, el cual le era de gran utilidad pues, al seguir sus órdenes incondicionalmente, le permitía ejercer un control más directo y deslindarse de las relaciones de reciprocidad con ese pueblo. Ya en la época colonial, esta forma de trabajo fue adoptada por los españoles, sobre todo para los pueblos que se resistieron a la conquista. Los individuos que conformaban este sector social fueron desti-

nados a las labores agrícolas, de pastoreo y mineras y algunos de ellos sirvieron a los españoles como soldados durante la conquista.

Una de las instituciones incaicas que destacó fue el *ayllu*, unidad social compuesta por familias emparentadas, descendientes de un mismo antepasado, que era venerado como su dios tutelar o huaca. Sus integrantes estaban asociados a un territorio, con tierras dedicadas al cultivo y al pastoreo, cuya posesión era comunal y cada familia tenía acceso a una parcela (*tupu*) para cubrir sus necesidades. Sus miembros, organizados por un jefe, participaban colectivamente en el trabajo de las tierras del Estado y de los dioses, así como en las obras públicas como construcción y reparación de caminos, puentes y edificaciones (*mita*). Para ello, el Estado les proveía de la materia prima necesaria, por lo que el tributo en trabajo fue de gran importancia en la economía. Con relación a esto, algunos documentos refieren que las personas reunidas para realizar las labores comunales pronunciaban cantos (*takis*), lo cual daba un ambiente festivo a la jornada y aligeraba la carga de la prestación de dicho servicio.

LINEAMIENTOS GENERALES DE LA RELIGIÓN ANDINA

La cosmovisión andina, entendida como la forma específica en que cada grupo apprehendió e interpretó el mundo y sus componentes, fue construida a partir de las experiencias empíricas y de la observación de los fenómenos naturales, y se caracterizó por creencias religiosas sobre la naturaleza, la sociedad y el cosmos en general, este último definido y controlado por entidades con poderes superiores a los humanos, catalogadas como sagradas.

Desde épocas tempranas se concibió que el cosmos estaba dividido en dos grandes sectores, el alto o celeste y el bajo que

correspondía al interior de la tierra; ambos confluían en el sector intermedio, es decir, en la superficie terrestre, morada del ser humano, donde se honraba a las divinidades. Diferentes animales fueron asociados a dichos sectores y los simbolizaron. En el plano horizontal, la tierra fue dividida imaginariamente en cuatro partes que confluían en el centro, según se observa tempranamente en el relieve de una calabaza de Huaca Prieta (2500-1800 a.C.). Esta idea puede verse también entre los incas, quienes organizaron el territorio conquistado que conformó el Tahuantinsuyu en cuatro partes, dos de las cuales, el Antisuyu y el Chinchaysuyu, correspondían al sector alto o *hanan* y las otras dos, Collasuyu y Contisuyu, al sector bajo o *urin*. Estos dos esquemas estuvieron presentes en la ciudad de Cusco, capital del poder incaico y ubicada en el centro de esta configuración o eje cósmico y desde la cual partían los *ceques*, líneas imaginarias donde se ubicaban los principales santuarios del territorio.

En relación con la conceptualización del cosmos, en varios sectores destaca la *chacana*, cruz escalonada que aparece en distintas culturas andinas. Esta imagen constituye un cosmograma en el cual, si trazamos líneas imaginarias, la cruz de San Andrés o “X” correspondería al plano terrestre, mientras que la cruz formada por la línea horizontal y la vertical “+” se referiría al espacio superior o celeste y al inframundo o interior de la tierra. A este ámbito iban los difuntos, pero igualmente conformaba el lugar de depósito de las semillas y, por lo tanto, de las posibilidades de reproducción de las plantas; por ello, era donde habitaba Pachamama, diosa madre proveedora de los alimentos. En tanto que en el sector alto se encontraban los astros y la deidad de las tormentas.

Los seres sagrados y sus fuerzas influían en la naturaleza, en la sociedad, en las actividades del ser humano y en su vida diaria, por

ello eran constantemente venerados. Además, el grupo dominante reforzaba y justificaba su posición privilegiada al monopolizar el acceso y contacto con lo sagrado. No existió una sola religión en todo el territorio ni en todas las épocas, pues cada grupo tuvo sus deidades, creencias y ritos específicos. Sin embargo, hay que subrayar la existencia de ciertos elementos compartidos, como el culto a la tierra como diosa madre y a las divinidades relacionadas con las tormentas, la fertilidad y la obtención de alimentos, además de otros que se expondrán a continuación.

Las montañas, llamadas *apus* o *wamanis*, ocuparon un lugar relevante en la religión, pues eran tanto personificación de Pachamama como residencia de los ancestros y de las deidades protectoras de las comunidades. Cada pueblo tenía su monte particular al que reverenciaba y al que iba la entidad anímica del difunto al morir. Había una jerarquización entre las montañas y las más importantes eran los *apus* regionales, a los que les ofrecían infantes durante el dominio incaico. El cerro más importante para los incas fue el Guanacauri, cerca de Cusco, donde se realizaban ceremonias relacionadas con la nobleza. Asimismo, las cuevas y los lagos cobraron particular importancia, pues muchos de ellos fueron considerados como *pakarinas* o sitios de origen de donde habían emergido los progenitores de los pueblos, varios de los cuales, según diferentes documentos, quedaron petrificados.

En relación con la creencia en una vida después de la muerte, se han encontrado depósitos funerarios de diferentes épocas y regiones. Sobresalen las tumbas de tiro de Paracas Cavernas y los cementerios al aire libre de Paracas Necrópolis en la costa sur. Cabe señalar que en los entierros de los gobernantes y de personajes de alto rango fueron colocadas numerosas y ricas ofrendas que incluían seres humanos como acompañantes. Así, el culto a

los ancestros tuvo un lugar relevante pues, además, las momias o *malkis*, consideradas como progenitores de pueblos y concebidas como vivientes, eran veneradas y consultadas.

Practicaron el sacrificio humano fundamentalmente por degollación y decapitación. Los sacerdotes moche bebían la sangre del cuello de los cautivos y, en ocasiones, los dejaban heridos a merced de las aves de rapiña. Entre los nasquenses, las cabezas de los sacrificados eran ofrendadas para propiciar la fertilidad. Los incas sacrificaban individuos entre 7 y 15 años de edad, provenientes de varias regiones, quienes, luego de realizar una ceremonia con el Inca, eran conducidos en peregrinación a las cumbres de las montañas, donde eran depositados. Este sacrificio tuvo además un sentido político, pues quien ofrecía algún hijo mostraba su lealtad al Inca, obtenía el reconocimiento del Estado y el cargo de curaca o afianzaba su poder.

Los documentos mencionan que en las ceremonias los incas sacrificaban a los dioses una gran cantidad de cuyes y camélidos. Estos últimos, que sustituían al ser humano, también eran ofrecidos en los ritos mortuorios, pues sus restos, a veces decapitados, se han descubierto en tumbas de personajes importantes. La concha bivalva *Spondylus princeps*, obtenida en las costas del norte de Perú y Ecuador, fue una importante ofrenda a los dioses, especialmente a los asociados con la lluvia. Restos de este material, ya sea en trozos o en esculturillas, se han encontrado por todo el territorio a lo largo de la época prehispánica, al igual que su representación iconográfica en diversas culturas, lo cual denota su importancia y uso constante en las prácticas rituales. Al respecto, el documento de Huarochirí menciona que esta ofrenda era alimento de los dioses.

Algunos animales fueron considerados receptáculo de fuerzas sagradas y estuvieron relacionados con el mundo del mito, como

el cangrejo, el lobo marino y la orca en las costas. Asimismo, dicha connotación y una fuerte carga simbólica se atribuyó a los felinos, las serpientes, las arañas, el cóndor, el búho y el halcón. De particular importancia fueron los seres híbridos que combinan atributos de distintas especies y que aparecen en la iconografía. Dichas imágenes indican la creencia en seres fantásticos que conjuntaban sus cualidades y ejercían su influencia en el mundo.

Los oráculos ocuparon un lugar importante en la religión. Fueron considerados como tales algunas cuevas, montañas, templos, ídolos, momias de antepasados y ciertos animales, cuyas señales requerían de la interpretación del especialista religioso. Así, por ejemplo, los incas extraían el corazón y los pulmones de las llamas para leer sus presagios. Existían oráculos por todo el Tahuantinsuyu que eran santuarios de peregrinación. A ellos acudían individuos de todas las jerarquías, incluso el Sapa Inca, para consultarlos y dirigirles múltiples ofrendas. Había sacerdotes dedicados a su culto y cuidado, que además tenían asignados campos de cultivo y hatos de ganado para su sostenimiento. Los documentos mencionan como los oráculos más importantes a las montañas de Copuna, Vilcanota, Aconcagua y los templos de Pachacamac, Rímac y Catequil en Huamachuco. Todos ellos fueron reconocidos por el Estado incaico e incorporados a la religión oficial.² No obstante, el oráculo propio del linaje gobernante fue el monte Guanacauri.

En el Horizonte Inca la religión de los dominadores fue impuesta en las zonas conquistadas. Así, en muchos documentos coloniales se aprecia una generalización de las creencias y ritos que muestran un trasfondo político hegemónico. Las fuentes mencionan como divinidades principales a Wiracocha, ordenador del

² Silvia Limón Olvera, "Oráculos y adivinación en los Andes: su significado político religioso", *Mitológicas* (Buenos Aires), vol. xx (2005), pp. 9-24.

mundo, Inti, dios solar progenitor del linaje gobernante, e Illapa, deidad del trueno y las tormentas. En menor proporción se refieren a Quilla, la luna, a Pachamama y a Pachacamac. Por lo tanto, se nota una jerarquización de las deidades que estuvo en relación con el poder político. Sin embargo, también hay testimonios que consignan elementos particulares de algunos grupos, los cuales presentan ciertas diferencias con la ideología dominante. Hay que decir que los escritos se refieren con el nombre de *huaca* a todo aquello considerado como sagrado: divinidades, montañas, lagos, templos y el Sapa Inca. En este rubro se encontraban, igualmente, las piedras de forma especial, entre las que destacan las que eran consideradas dioses y ancestros petrificados o fundadores de los linajes o ayllus. Todo ello aparece en las diferentes expresiones artísticas que se tratarán a continuación.

ARQUITECTURA MONUMENTAL

La arquitectura monumental, cuyos inicios datan del Periodo Pre-cerámico, se caracterizó porque la mayoría de los edificios contienen varios recintos, que debieron servir tanto para habitaciones de la élite como para realizar funciones político administrativas y religiosas. Para levantar las construcciones, los pobladores andinos aprovecharon los materiales disponibles en cada región. Así, las de la costa estuvieron hechas predominantemente con ladrillos de adobe recubiertos con una gruesa capa del mismo material y algunas de ellas conservan aún bajorrelieves y restos de pintura. A su vez, las edificaciones de la cordillera fueron hechas con piedra y, en algunos casos, se utilizaron grandes bloques como en Chavín de Huántar, en Wari, en Tiwanaku o en aquellas de tradición incaica en la sierra.

ARQUITECTURA DE TIERRA

A lo largo de la costa se han conservado construcciones de adobe con características específicas dependiendo del grupo que las erigió. Durante el Periodo Intermedio Temprano, en la costa sur, el centro ceremonial de Cahuachi fue la capital política, económica y religiosa de la cultura Nasca. Su organización social estuvo encabezada por una poderosa élite sacerdotal que logró cohesionar a los habitantes de la región, desde el Valle de Ica hasta Acarí, mediante la práctica ritual, ya que fue un importante centro de peregrinación.

La compleja arquitectura monumental del lugar presenta modificaciones y etapas constructivas a lo largo de varios siglos. Alcanzó su mayor esplendor entre los siglos I y IV, con una extensión aproximada de 24 km². Albergó alrededor de cuarenta montículos piramidales y se han detectado almacenes de diferentes productos que indican el control económico ejercido por el grupo dirigente.⁵ Entre los años 350 y 400 sus habitantes experimentaron una severa crisis provocada por varios aluviones y un gran terremoto, con lo cual comenzó su decadencia. Entre los años 400 y 450 los templos fueron recubiertos con tierra y arcilla por la propia población. Sin embargo, el lugar conservó su estatus sagrado, pues quedó transformado en necrópolis hasta el Periodo Intermedio Tardío.⁴ En la misma región se encuentran los geoglifos, trazos hechos en el desierto mediante surcos a escala monumental. Para su elaboración quitaron la costra oscura rojiza formada por la oxidación para dejar visible la arena más amarilla. Entre los motivos

⁵ Giuseppe Orefici *et al.*, *Nasca: el desierto de los dioses de Cahuachi*, Antonio Yonz Martínez, trad. del inglés, Lima, Apus Graph, 2009, p. 49.

⁴ *Ibid.*

representados se observan líneas rectas, espirales y animales como aves (colibrí, flamenco y cóndor), araña, mono y orca. Cada figura está conformada por una línea continua y, posiblemente, la gente hacía procesiones en ellas. De haber sido así estas figuras eran parte importante de la ritualidad, pues funcionaban como templos abiertos; aunque también se ha propuesto que constituían un calendario a gran escala que mostraba la organización del cosmos concebido por el pueblo nasquense.

En el Periodo Intermedio Temprano, la costa norte albergó diversos centros de poder que corresponden a la cultura mochica, como el Valle de Moche, Sipán y Huaca Cao Viejo, entre otros. Las edificaciones de estos sitios, que constituyen complejos administrativos y religiosos, fueron construidas con ladrillos de barro. Las estructuras están compuestas por plataformas rectangulares superpuestas que conforman pirámides truncadas a las que se accede por medio de rampas para llegar a las plazas ceremoniales y habitaciones conectadas por pasillos. Además, resguardan tumbas de personajes importantes, muchas de ellas saqueadas; otras han logrado ser rescatadas, como las del Señor de Sipán y la Señora de Cao.

En la gruesa capa de barro que los recubre, los muros de algunos edificios conservan imágenes en relieve pintadas de rojo, negro, blanco, amarillo, anaranjado y marrón. Por ejemplo, la Huaca de la Luna exhibe el rostro del dios de las cejas prominentes o Ai-Apaec, que se caracteriza por la ferocidad de su rostro debido a sus grandes colmillos. Este personaje también es calificado como el degollador, pues aparece sosteniendo un cuchillo en una mano y una cabeza humana en la otra, lo cual muestra la práctica ritual de la decapitación. Asimismo, se aprecian otros seres sagrados como animales marinos —que denotan la importancia del mar como espacio sagrado—, la araña decapitadora, escenas mitológicas, cere-

monias, guerreros y cautivos que dan cuenta de las costumbres y creencias mochicas.

En el Periodo Intermedio Tardío de la cultura Lambayeque o Sicán destaca Túcume, cuyos muros muestran relieves en barro con embarcaciones y escenas de recolección de *Spondylus*. Otro de los sitios emblemáticos de este periodo fue la ciudad de Chanchán, que abarcó una extensión aproximada de 20 km² y fue la capital del reino Chimor. Su inicio remite al mito de Tacaynamo, el cual es muy semejante al de Lambayeque, que atribuye su origen a Naymlap. Es significativo que ambos fundadores de las dinastías gobernantes hayan llegado por mar en balsas para imponer su dominio, pues ello les otorga un carácter mítico. Los sucesores de Tacaynamo ampliaron sus conquistas de Tumbes a Huaura y conformaron un Estado regional poderoso, hasta que hacia 1470 fue anexado al Tahuantinsuyu.

El sector central de la ciudad abarca diez unidades amuralladas. Cada una de ellas fue levantada por el gobernante en turno, durante cuya vida era su residencia y centro administrativo religioso, mientras que a su muerte se transformaba en su sepultura. Estos conjuntos, de planta rectangular con una sola entrada, están cercados por grandes muros. Su interior alberga plazas y recintos ceremoniales, habitaciones para vivienda y actividades administrativas, salas de audiencias, almacenes de productos, rampas, corredores, calles, la plataforma funeraria del gobernante y depósitos de agua (*huachaques*). Los muros presentan diseños de barro en relieve como rombos y otros motivos geométricos, olas, peces, aves marinas y seres mitológicos. Junto al sector central se han ubicado complejos más pequeños, en los alrededores los talleres de artesanos y viviendas sencillas, mientras que en la periferia vivían los agricultores.

Pachacamac, en la costa central, fue un santuario que estuvo activo desde el Periodo Intermedio Temprano hasta la llegada de los españoles en 1533. En aquel periodo prevaleció la cultura Lima. Durante el Horizonte Medio, que tuvo una presencia wari, el sitio se consolidó como un centro religioso regional. En el Periodo Intermedio Tardío predominó la cultura Ychsma y en el Horizonte Tardío, con su anexión al Tahuantinsuyu, el lugar se constituyó en cabecera administrativa regional con una gran importancia religiosa. Según los documentos, allí se rindió culto al dios Pachacamac. El santuario gozó de gran fama por su fidedigno oráculo, al que acudía gente de diferentes regiones y jerarquías, que incluía al Sapa Inca. El sitio fue construido con adobes de barro recubiertos con un enlucido del mismo material, que en algunas partes conserva la pintura. Como en todos los centros administrativos regionales del Tahuantinsuyu, los incas edificaron un templo dedicado al Sol y una Acllahuasi, casa de mujeres escogidas dedicadas al culto, ambos de estilo incaico.

ARQUITECTURA PÉTREA

Es pertinente especificar que en la zona costera igualmente se levantaron algunos edificios hechos de piedra, como Cerro Sechín (2000-1500 a.C., Periodo Cerámico) en el norte, que se distingue por un muro que rodea el templo en el que se observan relieves de personajes con mazos, cuerpos humanos desmembrados y cabezas cortadas; mientras que en la costa central se encuentra El Paraíso (2300-1800 a.C., Periodo Precerámico). En esta última región sobresale Caral (3000-1800 a.C., Periodo Precerámico), por ser el más antiguo yacimiento con arquitectura monumental y una cuidadosa planificación, la cual abarca diecinueve asentamientos

con complejos constructivos. El lugar cuenta con grandes edificios piramidales para funciones político-administrativas y religiosas, grupos residenciales, grandes plazas para el culto y patios circulares hundidos. La acumulación de riqueza, que permitió levantar y mantener estas construcciones por aproximadamente mil años, se sustentaba en una economía basada en la agricultura, en la pesca y en el intercambio de productos. Esto dio lugar a una sociedad jerárquica en la que estuvo presente la especialización de actividades y una fuerte organización gubernamental con un sistema religioso que reforzaba el *statu quo* del grupo dirigente. Es conveniente resaltar que no se han encontrado evidencias de guerra durante el tiempo en que permaneció habitada, lo cual constituye un caso excepcional.⁵

Entre los múltiples asentamientos en la sierra tuvo especial importancia Chavín de Huántar, en el Horizonte Temprano, cuya iconografía se diseminó por buena parte de la región andina, como el felino volador —ser sagrado que proveía la lluvia—, los jaguares y los personajes con apéndices que se aprecian en los textiles de Paracas en la costa sur. Al parecer, aquel sitio fue un centro religioso y de peregrinación al que acudían pobladores de diversas partes. En él tiene particular relevancia el lenguaje plástico expresado en edificios como el Templo Viejo y el Castillo. El primero de ellos cuenta con pasajes, escalinatas y cámaras internas donde los elegidos realizaban ceremonias para contactarse con la divinidad. El Castillo contiene el Portal de las Falcónidas o Portal Negro y Blanco, llamado así porque las piedras que lo componen en el lado sur son de granito blanco, mientras que las del lado norte son de

⁵ Ruth Shady Solís, dir. gral., *La ciudad sagrada de Caral-Supe: símbolo cultural del Perú*, Lima, Instituto Nacional de Cultura/Proyecto Especial Arqueológico Caral-Supe, 2006.

piedra caliza negra, lo cual denota el principio binario que rigió tanto su cosmovisión como la ideología religiosa de los pueblos andinos.

La iconografía se distingue por su complejidad: combina felinos, aves de rapiña y serpientes contenidos en un cuerpo humano; se trata de figuras híbridas que representan deidades y conceptos religiosos. Entre las imágenes que fueron objeto de culto está la de un personaje antropomorfo con garras, grandes colmillos, cejas y cabello formados por serpientes, y que también puede llevar apéndices serpentinos en su cintura. Este ser mítico aparece en el gran monolito conocido como El Lanzón, que fue encontrado en la intersección de dos pasillos subterráneos del Templo Viejo, y también está esgrafiado en otras lápidas. Las cabezas calvas que fueron empotradas en los muros de El Castillo exhiben rostros que combinan rasgos humanos y felinos, con serpientes en el rostro o como cabellos, que se refieren a la experiencia extática mediante la cual los especialistas religiosos entraban en contacto con el dios y se asimilaban a él.

En el Portal de las Falcónidas pueden apreciarse otro tipo de seres sagrados, que combinan un cuerpo humano con un rostro de felino y sus fauces estilizadas, pico y garras de ave de rapiña y serpientes en sus alas. Es decir que, en estos motivos se observa la dualidad alto/bajo, cielo/tierra simbolizada por los halcones, los felinos y las serpientes, cuya conjunción de poderes genera la fertilidad. Igualmente, hay que mencionar que en las lápidas integradas a la arquitectura hay felinos y aves rapaces representados de una manera más naturalista.

En un esgrafiado muy fino, la Estela Raimondi muestra un personaje con cuerpo humano de pie y de frente, con garras de ave que sostienen báculos y rostro félico con colmillos. Sobre la cabeza

lleva una estructura con fauces estilizadas de la que emergen varios apéndices, algunos de los cuales son serpientes. Cabe señalar que las imágenes de un personaje en esta postura con dos bastones han sido asociadas con el poder. Entre los monolitos se encuentra también el Obelisco Tello, cuyos relieves tienen como motivo principal dos caimanes.

Tiwanaku (Bolivia), que corresponde al Horizonte Medio, se caracteriza por su monumentalidad y el predominio de plantas rectangulares en edificios y plazas. Las construcciones están hechas con grandes bloques pétreos muy bien cortados y ensamblados sin necesidad de aglutinantes; además, muestra grapas de cobre para unir las piedras, lo cual constituye una innovación técnica. La planeación de la ciudad tiene su base en dos ejes, norte-sur y este-oeste. Entre los edificios está el Kalasasaya, al que se accede por una escalera monolítica de siete peldaños y una puerta de entrada con doble jamba y dintel. Los muros tienen sillares separados por pilares monolíticos equidistantes, plantados verticalmente, y gárgolas para el desagüe. Frente a este edificio se encuentra el Templete Semisubterráneo con una escalera descendente y muros perimetrales en los que hay empostradas ciento setenta y cinco cabezas. La pirámide del Akapana, formada por plataformas superpuestas, presenta una planta de media cruz andina o chacana y, en la parte superior, un patio hundido con la forma completa de esta última.

Una de las obras distintivas es la monolítica Puerta del Sol por sus relieves en la parte superior de la portada. En el centro, flanqueada por cuarenta y cuarenta y ocho cóndores antropomorfos con báculos, se encuentra una figura humana que aparece de frente y de pie sobre una estructura piramidal que simboliza la tierra y su interior. Esta divinidad es conocida como el Dios de los Bastones porque lleva uno en cada mano, los cuales en este caso

terminan en cabezas de cóndores y uno de ellos presenta doble cola. Lleva también cabecitas trofeo colgando de sus codos y en su faldellín. Su rostro trapezoidal está rodeado de apéndices que terminan en doble círculo y cabezas de pumas, las cuales también se encuentran en los extremos de su cinturón. Esta imagen ha sido llamada Dios del Rostro Llorón porque sus ojos redondos llevan alas de ave y de cada uno caen lagrimones que terminan en cabezas de puma que aluden a la lluvia. El personaje parece conjuntar las fuerzas fecundadoras de la naturaleza, el sol y la lluvia, así como la dualidad simbolizada por animales terrestres y aéreos. Algunos lo han identificado con la deidad Wiracocha que mencionan las fuentes del siglo XVI, aunque no existen suficientes pruebas para ello. En el extremo inferior del friso hay una banda horizontal con líneas rectas formando recuadros en una relación matemática, simétrica y equidistante, con apéndices que llevan cabezas de cóndor. Dentro de los recuadros aparece, sobre plataformas piramidales, la cabeza de la divinidad, en algunas ocasiones con aves y en otras con peces y, en cada extremo, la imagen de un sacerdote.

En la escultura destacan los grandes monolitos (Ponce, Bennet y El Monje) que exhiben, en bajorrelieve, personajes esquemáticos de pie que se ajustan al bloque en forma de pilar con esquinas redondeadas. Los brazos, apenas sugeridos y pegados al cuerpo, terminan en manos que sostienen un *keró*⁶ y sobre su pecho una tableta para ingerir alucinógenos. La boca es rectangular con labios aplanados, mientras que los ojos aparecen como placas rectangulares redondeadas de las que caen lagrimones fertilizadores.

⁶ Vaso de uso ritual de paredes cóncavas y base más pequeña que la boca. Se encuentra en diversas culturas andinas y era elaborado en cerámica, metal y madera.

Todo ello da a tales personajes una expresión hierática del momento en que el sacerdote entra en contacto con la deidad.

La arquitectura incaica (Horizonte Tardío) se caracteriza por el corte meticuloso de las piedras, la técnica de pulido mediante la abrasión con arena y el perfecto ensamblaje entre una y otra que no requiere argamasa. Cada bloque era conformado cuidadosamente para que encajara con los colindantes. Las construcciones cuentan con diferentes tipos de paramentos. En algunos las piedras tienen forma almohadillada, mientras que en otros las superficies son completamente planas. Pueden ostentar protuberancias a manera de espigas pequeñas u oquedades que pudieron servir para sostener láminas de oro al interior de las habitaciones. En el Coricancha, el lugar más sagrado de Cusco, se encontraban los templos dedicados al Sol o Inti, a Wiracocha y a Illapa, dios de las tormentas, así como el recinto que resguardaba las momias de los gobernantes y la Acllahuasi o casa de las mujeres elegidas para dedicarse al culto religioso. Para los muros de gran altura utilizaron grandes piedras poligonales de formas variadas como en Sacsayhuamán. En Machu Picchu se observan escaleras monolíticas y construcciones con pequeñas piedras irregulares unidas con argamasa, que posiblemente sirvieron como vivienda. Elemento distintivo de la arquitectura incaica son las puertas, ventanas y hornacinas en forma trapezoidal con doble jamba. A partir de la expansión incaica se observa su estilo arquitectónico en diversas zonas. En algunos sitios de la costa se incorporó la piedra en la base de los muros, mientras que la parte alta estuvo conformada con ladrillos de adobe como la Acllahuasi de Pachacamac. Otro sitio relevante es Tambo Colorado, donde las edificaciones de estilo incaico fueron construidas con paredes de adobe.

CERÁMICA

Aunque existen diversas tradiciones cerámicas en la región, únicamente se abordarán las más representativas. La alfarería andina fue muy variada y buena parte de las piezas de gran calidad era ofrendada como ajuar funerario en las tumbas de personajes importantes. Entre las formas más comunes están las esféricas con asa estribo o trapezoidal y una vertedera y las que llevan asa puente con dos vertederas; hay cuencos, vasos, platos, ollas, botellones, vasijas escultóricas y keros. Debido al dominio de la técnica y a la riqueza de los motivos puede verse que existieron especialistas dedicados de tiempo completo a esta labor, además de que utilizaron moldes que permitieron su producción en masa.

En la cerámica mochica (Periodo Intermedio Temprano, costa norte) los colores se reducen al café rojizo y en pocas ocasiones al negro sobre un fondo crema; sin embargo, las formas adquieren gran variedad, pues muchas piezas son esculturas en bulto redondo y en ocasiones combinan el modelado, el relieve y la pintura. Entre las vasijas escultóricas están los retratos de personajes masculinos con diferentes tocados según sus funciones. A pesar de que los rostros se apegan a un canon de representación, tienen rasgos y expresiones particulares. Sobre la cabeza del personaje se coloca la vertedera con el asa trapezoidal y algunas tienen un cuello ancho en el mismo lugar. Hay vasijas escultóricas con un solo personaje de pie o sedente que muestra al dios Ai-Apaec y a individuos de diferentes jerarquías, desde el gobernante hasta cautivos. Sobresalen las escenas modeladas cuya temática puede ser erótica, guerrera o ritual. También elaboraron vasijas con forma de frutos y animales; algunas veces estos últimos eran representados con cuerpo humano, lo que denota su sacralización. Las vasijas pintadas de

cuerpo esférico o globular coronadas con un asa estribo y vertedera proporcionan información relevante, pues exhiben escenas narrativas sobre la guerra, la cacería ritual, ceremonias y sucesos mitológicos enmarcados en paisajes, en las que se ve la idea de perspectiva y movimiento. Cabe mencionar a las vasijas de cuerpo globular, cúbico o cilíndrico que en la parte superior llevan uno o varios personajes modelados. La cerámica mochica constituye una rica fuente de información, ya que muestra las concepciones que este pueblo tuvo sobre sus divinidades, creencias y prácticas religiosas, costumbres y actitudes hacia la vida.

En contraste con esta producción está la alfarería nasca de la costa sur, que corresponde aproximadamente al mismo periodo que la anterior, caracterizada por la utilización de varios colores vivos con un bruñido que le proporciona gran brillantez. Hay vasijas escultóricas de seres humanos en diversas actitudes que combinan el modelado con la pintura. En cuencos, vasos, cajetes, vasijas globulares y lentiformes con dos vertederas y asa puente, pueden verse figuras pintadas de hombres con armas, plantas y báculos, así como aves, cuadrúpedos y peces de forma naturalista o modificada, entre los que está la orca con un brazo humano que sostiene una cabeza humana. Es frecuente la imagen de la divinidad félida de cuya boca emergen plantas, serpientes o apéndices que terminan en el rostro del dios y que aluden a la fecundidad. Este ser mitológico también aparece con cuerpo humano, narigüera con bigotes y cola de felino que en ocasiones termina en una cabeza humana. Comúnmente sostiene una de éstas en una mano, mientras que en la otra lleva un cuchillo de sacrificio. Las cabezas humanas, que asimismo son representadas en vasijas escultóricas, constituyeron una importante ofrenda producto de los ritos dedicados a la petición de alimentos.

La tradición wari presenta distintas formas como vasos tipo kero, algunos con un rostro en relieve. Botellas de base plana y cuerpo ovoide con cuadros pintados de color café, crema y negro, cada uno con dos círculos, mientras que en la parte superior se modeló una cara humana. Cántaros con cuello cilíndrico o cuello efigie, botellas de dos cuerpos y figuras modeladas de llamas y felinos. Entre los colores utilizados están el rojo, negro, ocre, café, verde, gris y blanco. En grandes vasijas dibujaron a la deidad plasmada en la Puerta del Sol en Tiwanaku, de cara ligeramente trapezoidal con colmillos y lagrimones terminados en cabecitas humanas, símbolo de la lluvia que fertiliza la tierra. Alrededor del rostro lleva apéndices radiales que terminan en cabezas humanas, de aves, felinos y plantas que denotan fertilidad. Sus brazos, extendidos a los lados y doblados, terminan en manos que sostienen sendos bastones. Porta un cinturón que lleva a cada lado la cabeza de un ave y del que cuelgan cabecitas trofeo. En las paredes de los cuencos hay cóndores, pumas y el rostro esquemático de dicha deidad con lagrimones debajo de sus ojos que terminan en una cabeza humana o de felino.

De la alfarería incaica se conservan, por ejemplo, cántaros, recipientes con asas laterales, platos con asa, ollas trípodes, platos con mango y ollas con pedestal. En la cerámica ceremonial, bruñida cuidadosamente, sobresalen los keros, que también elaboraron en madera y metal, en los que el Inca libaba con el sol en los ritos. Lo más representativo son los aríbalos: cántaros de cuerpo esférico, base cónica, cuello cilíndrico alargado que termina en labios expandidos, asas laterales chicas y una pequeña cabeza escultórica de felino en la base del cuello. Aunque en estas piezas están dibujados animales como libélulas y plantas que semejan helechos, hay una predilección por la decoración geométrica: líneas rectas, parale-

las, cruzadas y en zigzag, triángulos, bandas, barras y, sobre todo, rombos concéntricos colocados en una banda vertical al centro del cuerpo de la vasija. Utilizaron colores como negro, rojo, blanco, crema y amarillo. Se han encontrado aríbalos desde unos cuantos centímetros para ofrenda hasta los de gran tamaño para almacenar y transportar la chicha ceremonial.

TEXTILES

El arte textil se destacó por su exquisitez y el dominio de múltiples técnicas. Los tejidos conservados de las diversas sociedades presentan estilos diferentes, cada uno con sus propias formas y simbolismo religioso. Los de alta especialización técnica fueron considerados como objetos de valor y por ello estuvieron reservados para el culto y el uso de las élites. Así, la variación en la calidad y complejidad de las prendas muestra diferenciaciones jerárquicas de quienes portaban los atuendos o les fueron depositados en las tumbas. El uso de los tejidos fue heterogéneo, pues estaban los atavíos de uso cotidiano, los que se vestían para asistir a los ritos, los destinados como ofrenda a los dioses, los que componían los ajuares funerarios o los mantos usados para envolver a los difuntos y conformar los fardos, en tanto que algunos de los grandes lienzos eran utilizados como tapetes o para cubrir las paredes. Además, por su riqueza iconográfica, los textiles constituyen una forma de registro que da cuenta de las ideas religiosas de los pueblos que los elaboraron.

Se conservan piezas de gran antigüedad, como los de Huaca Prieta (2500-1800 a.C.) hechos en algodón, con diseños que exhiben conceptos de la cosmovisión, por ejemplo serpientes bicéfalas, cangrejos con apéndices y un cóndor con las alas desplegadas que

contiene una serpiente enroscada en su vientre. Con la invención del telar, en el Horizonte Temprano, surgieron nuevas técnicas como la doble tela, el tapiz, el brocado y la gasa. Sin embargo, fue en la costa sur de Perú, con la tradición Paracas (400/300 a.C.-200/300 d.C.), donde el arte textil alcanzó un gran desarrollo, pues en esa zona se implementaron técnicas variadas con una iconografía compleja, por lo que vale la pena hacer mención de ella. En la primera etapa, Paracas Cavernas, predominaron los textiles bicromos de algodón con escaso uso de la lana de camélido. Los motivos, hechos desde el telar, son geométricos, lineales y de bordes aserrados con influencia del estilo Chavín, pues abundan imágenes de felinos, de personajes antropomorfos con cabellos serpentiformes y un ser que combina atributos de jaguar y ave.

Con el tiempo surgió un nuevo estilo que se impuso en Paracas Necrópolis. En él se generalizó el bordado de múltiples motivos con lana de camélido teñida de colores brillantes, pues esta técnica les permitió aumentar los diseños.⁷ Representaron animales de manera naturalista o modificada, por ejemplo, aves marinas, cóndores, halcones, focas, leones marinos, peces, zorros y serpientes. Abundan los personajes híbridos, serpientes con cabeza de felino y animales con rasgos antropomorfos, que muestran cómo concebían a seres sagrados que influían en sus vidas y en los diferentes aspectos de la naturaleza. Igualmente, hay figuras humanas con tocados, narigueras, orejeras y collares que sostienen báculos como símbolo de poder o cabezas humanas que muestran la práctica ritual de la decapitación como ofrenda a sus divinidades. Entre las prendas se encuentran los atavíos de los difuntos, pero lo más característico son los mantos, algunos de gran tamaño, usados para

⁷ Isabel Arranz Bocos, "Aproximación a la iconografía y simbolismo en los textiles Paracas", *Boletín Americanista* (Universidad de Barcelona), núm. 51 (2001), pp. 7-23.

envolver sus cuerpos. Estas piezas consisten en una tela lisa sobre la cual bordaron motivos con lana de camélido. Así, exhiben la misma figura varias veces, pero con variantes en los colores y en los detalles y, en algunos casos, la alternan en posición invertida.

Además de la información arqueológica que ha sido rescatada, para la sociedad incaica ya se cuenta con datos en fuentes documentales que permiten conocer más detalles sobre el tema. Por ello, se sabe que había textiles para vestir a las esculturas de las divinidades y muchos de ellos eran quemados como ofrenda en las ceremonias. Los tejidos fueron de gran valor y parte importante de la economía, pues la población daba tributo en prendas elaboradas por ella con la materia prima que les proveía el Estado. Es pertinente comentar que el estilo incaico contrastó con las expresiones figurativas de los estilos anteriores, ya que predominaron los diseños geométricos tales como rombos, grecas, cruces y estrellas de ocho puntas, entre otros. También este último motivo fue muy común en la tradición Wari Tiwanaku.

METALURGIA

La metalurgia andina experimentó un alto grado de desarrollo durante la época prehispánica. Los habitantes de la región trabajaron el oro, la plata, el cobre, el estaño y el plomo. Hicieron aleaciones binarias y terciarias, las más comunes fueron el cobre con oro y la plata con oro. Produjeron bronce al mezclar el cobre con arsénico o con estaño. Aplicaron varias técnicas como la fundición, el martillado, el recortado, la cera perdida, el embutido, el granulado para hacer esferas y el dorado de objetos de cobre y plata. Para unir las partes de una pieza o agregarle aplicaciones fijas o móviles utilizaron la soldadura, el ensamblado y la presión.

Entre las técnicas de decoración están el repujado, el hilo retorcido, el entorchado, el satinado, el grabado, la filigrana, el calado y, en ocasiones, agregaron pintura a las piezas. Bruñían los objetos metálicos al frotarlos con una piedra o los pulían con algún metal corrosivo para darles brillo. Junto con las exquisitas obras de orfebrería fabricaron herramientas e instrumentos como punzones y porras.⁸ En todas las sociedades andinas en las que se trabajaron los metales, los orfebres estuvieron asociados a los grupos en el poder, no sólo por la especialización que requería la manufactura de las piezas, sino también porque su uso estaba restringido a la élite debido al valor simbólico de los metales y a las imágenes que mostraban, muchas de ellas de carácter sagrado.

La zona donde la metalurgia tuvo un mayor avance, tanto por las técnicas empleadas como por la cantidad y variedad de piezas, fue la costa norte, desde el Periodo Intermedio Temprano con los mochica hasta el Intermedio Tardío con los chimús. Los primeros fueron grandes orfebres, trabajaron el oro, la plata y el cobre y realizaron aleaciones con ellos. Inventaron nuevas técnicas, crearon el bronce arsenical que proporciona mayor durabilidad a las herramientas, utilizaron profusamente el vaciado en molde, la filigrana e idearon diferentes tipos de uniones. Elaboraron esferas para collares y orejeras, hilos de oro, plata y cobre y lograron obtener diversas tonalidades de dorado y plateado. Con la técnica del martillado hicieron coxales, tocados de media luna, narigueras y

⁸ Luis Enrique Jesús Alberto Castillo Narrea, *Conservación y restauración de algunos objetos arqueológicos: arte, técnica y metalurgia procedentes de tres sociedades contemporáneas: sicán, chimú y chiribaya*, Santiago, Escuela de Postgrado Facultad de Artes de la Universidad de Chile, 2008, memoria presentada al Departamento de Postgrado para optar al diplomado de restaurador del patrimonio cultural mueble, en DE: <http://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/101427/castillo_1.pdf?sequence=1&isAllowed=y>.

pectorales con diseños repujados y calados. Confeccionaron piezas con decoración de mosaico con turquesa, lapislázuli, concha nácar y *Spondylus* que adherían al metal con resina orgánica. Manufacturaron miniaturas escultóricas tridimensionales o en altorrelieve con piezas móviles como lentejuelas y agregaron placas colgantes a los textiles.⁹ Todo lo anterior puede apreciarse en los objetos rescatados de las tumbas de Sicán.

Los sicanes y los chimús fueron herederos de la rica tradición metalúrgica moche y, al igual que éstos, generaron una gran cantidad de obras de orfebrería. Lo más característico de Sicán son los *tumis*, cuchillos sacrificiales de oro, en cuyo mango se encuentra un personaje de pie o sedente con alas, ojos ornitomorfos y corona semicircular que ha sido identificado con Naymlap, fundador mítico de la dinastía gobernante. Su rostro característico aparece, asimismo, en máscaras que en ocasiones llevan pintura roja de cinabrio.

Hacia 1375 los sicanes fueron conquistados por los chimús, quienes fabricaron una gran cantidad de obras de metalurgia de alta calidad, muchas de ellas en plata repujada. En su compleja iconografía representaron escenas narrativas, algunas de las cuales compartieron con Sicán. Sobresalen las de cacería, de pesca, de recolección de *Spondylus*, danzas, sacrificios de hombres, llamas y ciervos que fueron plasmadas en discos y en vasos tipo kero, cubilete y sonajeros. Elaboraron coronas, orejeras, anillos, *tumis*, estandar-tes, instrumentos musicales (flautas, antaras y tambores), husos, agujas, vasijas y obras en miniatura.¹⁰

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Paloma Carcedo, “Reflexiones sobre la producción sicán y chimú de vasos tipo kero y discos en plata: su iconografía y su relación con las miniaturas chimú”, *Bulletin de l’Institut Français d’Études Andines* (Lima, CNRS), vol. 46, núm. 1 (2017), pp. 37-75.

Con la conquista de esa región por los incas, hacia 1470, los especialistas chimús en metalurgia fueron trasladados a Cusco para producir objetos destinados al culto y a la élite. En comparación con las obras de orfebrería de las sociedades que precedieron a los incas, éstos no se distinguieron por la exquisitez de sus piezas. Sin embargo, generaron una gran cantidad de objetos como herramientas, *tupus* o alfileres para la ropa con motivos variados, *conopas* o *illas* (figurillas de llamas y frutos para propiciar la fertilidad) y pequeñas esculturas antropomorfas que eran vestidas con textiles y tocados de plumas, muchas de las cuales han sido encontradas en los entierros de infantes en las cumbres de las montañas.

PALABRAS FINALES

La civilización andina se caracterizó por la presencia de gran cantidad de pueblos que compartieron muchos elementos que se conformaron, paulatinamente, a lo largo de más de cinco mil años. En la integración del área tuvo un papel importante el intercambio de productos, de tecnología e ideas por todo el territorio.

De la organización del Tahuantinsuyu desarrollada en el último periodo de la época prehispánica se conservan importantes datos en fuentes documentales escritas durante el virreinato. Sin embargo, hay que destacar que las investigaciones arqueológicas, que han cobrado fuerza en los últimos años, han sacado a la luz información valiosa tanto para el momento del dominio incaico como para las sociedades precedentes. Así, la historia, la arqueología, la historia de las religiones y la historia del arte, entre otras disciplinas, han contribuido a mostrar e interpretar la diversidad de la producción material e ideológica. Dichos estudios han reforzado el lugar preeminente que ocupan los pueblos del área andi-

na como una gran civilización por sus manifestaciones en todos los ámbitos. Entre los aspectos que destacan están las expresiones iconográficas contenidas en diversos soportes como cerámica, textiles, metalurgia, relieves y pintura mural. Cabe mencionar que las condiciones del medio ambiente permitieron la conservación de materiales frágiles como los textiles, varios de los cuales datan de épocas muy antiguas. Al igual que la producción metalúrgica, la textil muestra un gran dominio técnico y una alta especialización que dan cuenta de costumbres, creencias, ritos plasmados en muchas ocasiones de manera simbólica.

Destacan también las grandes construcciones, tanto en piedra como en barro, ubicadas en importantes centros administrativos y religiosos que aglutinaban a las poblaciones. En ellas se escenificaron los fastuosos ritos dedicados a sus dioses, en torno a los cuales se constituían núcleos de identidad. Hay que señalar que no todos los centros regionales rectores se constituyeron como grandes asentamientos permanentes, sino que algunos eran focos religiosos de peregrinación, pero no por ello fueron menos destacados, pues convocaban a habitantes de zonas cercanas y lejanas. Así, los vestigios arqueológicos, las obras de arte recuperadas y las fuentes documentales dan cuenta de organizaciones sociales complejas, muy jerarquizadas y con especialización de actividades, al igual que organizaciones políticas bien definidas que llegaron a la categoría de Estado.

Cabe enfatizar que los incas supieron capitalizar los logros de otros pueblos e imponer su dominio, instituciones e ideología. Con ello, muchos escritos visibilizaron su versión oficial y opacaron las particularidades de los pueblos dominados. Sin embargo, éstas continuaron vigentes pues se pueden apreciar, especialmente, en la documentación producida en el siglo XVII con motivo de la polí-

tica de extirpación de idolatrías. Así, por ejemplo, la información recogida en diversas regiones andinas da cuenta de los dioses, los mitos y los rituales específicos de diferentes pueblos como el documento que se refiere a las tradiciones de Huarochirí o aquéllos redactados por los jesuitas que aportan datos sobre diferentes tradiciones locales.¹¹

Se ha pretendido ofrecer un somero recuento de la producción material e ideológica de los pueblos andinos. Para ello, se consideró necesario exponer los rubros aquí tratados con el objetivo de dar una idea de la riqueza, complejidad y variedad de sus principales expresiones. Igualmente, se estimó pertinente mencionar algunos de los principales grupos cuya presencia dejó importantes huellas que han podido ser sacadas a la luz e interpretadas a través de distintas disciplinas. Así, lo expuesto en este capítulo muestra que los Andes Centrales fueron una región que albergó a diferentes culturas que, por sus características, exhiben un alto grado de especialización técnica y que en su conjunto son consideradas como una de las civilizaciones más destacadas. Queda al interesado profundizar en el estudio de los pueblos que habitaron la región y sus manifestaciones.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

Arranz Bocos, Isabel, “Aproximación a la iconografía y simbolismo en los textiles Paracas”, *Boletín Americanista* (Universidad de Barcelona), núm. 51 (2001), pp. 7-23.

¹¹ Mario Polia Meconi, *La cosmovisión religiosa andina en los documentos inéditos del Archivo Romano de la Compañía de Jesús (1581-1752)*, Lima, PUCP, 1999; Pierre Duviols, *Procesos y visitas de idolatrías: Cajatambo, siglo XVII, con documentos anexos*, sel. de textos y estudios históricos de Pierre Duviols, revisión paleográfica de Laura Gutiérrez Arbilú y Luis Andrada Ciudad, trad. de textos quechuas de César Itier, Lima, PUCP/IFEA, 2005.

- Ávila, Francisco de, *Dioses y hombres de Huarochirí*, trad. de José María Arguedas, estudio introd. de Luis Millones e Hiroyasu Tomoeda, estudio biobibliográfico de Pierre Duviols, Lima, Universidad Antonio Ruiz de Montoya, 2007.
- Berenguer Rodríguez, José, *Tiwanaku: señores del lago sagrado*, Santiago, Museo Chileno de Arte Precolombino/Banco Santiago, 2000.
- Carcedo, Paloma, “Reflexiones sobre la producción sicán y chimú de vasos tipo *kero* y discos en plata: su iconografía y su relación con las miniaturas chimú”, *Bulletin de l’Institut Français d’Études Andines* (Lima, CNRS), vol. 46, núm. 1 (2017), pp. 37-75.
- Castillo Narrea, Luis Enrique Jesús Alberto, *Conservación y restauración de algunos objetos arqueológicos: arte, técnica y metalurgia procedentes de tres sociedades contemporáneas: sicán, chimú y chiribaya*, Santiago, Escuela de Postgrado Facultad de Artes de la Universidad de Chile, 2008, memoria presentada al Departamento de Postgrado para optar al diplomado de restaurador del patrimonio cultural mueble, en DE: <http://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/101427/castillo_1.pdf?sequence=1&isAllowed=y>.
- Duviols, Pierre, *Procesos y visitas de idolatrías: Cajatambo, siglo XVII, con documentos anexos*, sel. de textos y estudios históricos de Pierre Duviols, revisión paleográfica de Laura Gutiérrez Arbilú y Luis Andrada Ciudad, trad. de textos quechuas de César Itier, Lima, PUCP/IFEA, 2003.
- Golte, Jürgen, *Moche: cosmología y sociedad. Una interpretación iconográfica*, Lima/Cuzco, Instituto de Estudios Peruanos/Centro Bartolomé de Las Casas, 2009 (Series *Fuentes e investigaciones para la historia del Perú*, núm. 18/*Archivos de historia andina*, núm. 45).

- Iwasaki Cauti, Fernando, “Alucinógenos y religión: aproximaciones al arte de Chavín”, *Histórica* (Lima, PUCP), vol. XI, núm. 1 (julio de 1987), pp. 1-24.
- Limón Olvera, Silvia, “Oráculos y adivinación en los Andes: su significado político religioso”, *Mitológicas* (Buenos Aires), vol. xx (2005), pp. 9-24.
- Mujica B., Elías, y Johny Isla, *Nasca: hombres, dioses y colores del desierto*, Santiago, Museo Chileno de Arte Precolombino, 1996.
- Murra, John V., *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, Lima, IEP, 1975 (Col. *Historia andina*, núm. 3).
- Orefici, Giuseppe, *et al.*, *Nasca: el desierto de los dioses de Cahua-chi*, Antonio Yonz Martínez, trad. del inglés, Lima, Apus Graph, 2009.
- Polia Meconi, Mario, *La cosmovisión religiosa andina en los documentos inéditos del Archivo Romano de la Compañía de Jesús (1581-1752)*, Lima, PUCP, 1999.
- Rostworowski de Diez Canseco, María, *Historia del Tahuantinsuyu*, Lima, IEP, 1995.
- Shady Solís, Ruth, dir. gral., *La ciudad sagrada de Caral-Supe: símbolo cultural del Perú*, Lima, Instituto Nacional de Cultura/Proyecto Especial Arqueológico Caral-Supe, 2006.